



*"Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por el pecado, nos dio vida en Cristo" (Ef 2,4).*

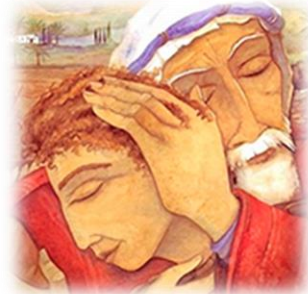
Dios siempre ha sido amor, pero el Amor-misericordia empezó cuando creó al hombre: "Misericordia significa una potencia especial del amor que prevalece sobre el pecado y la infidelidad". Por eso la Iglesia puede rezar: "Oh Dios que manifiestas tu amor principal perdonando y compadeciéndote, derrama incesantemente sobre nosotros tu gracia, para que, deseando lo que nos prometes, consigamos los bienes del cielo" (Oración, domingo XXVI TO).

Dios nos ama con infinita ternura: es un Dios clemente y misericordioso; lento a la cólera, rico en piedad. Bueno con todos. Cariñoso con todas sus criaturas... (cf. S 102) Rezuma bondad en todas sus acciones y está muy cercano de aquel que lo invoca sinceramente.

Ante la sed desgarradora de amor, de sentido y de verdad que destroza a tantos corazones ("el hombre es un ser sediento de amor. Un ser creado para el amor para amar y ser amado"), conviene conocer esto porque si siempre ha sido necesario, hoy es urgente dado el ambiente secularista y naturalista que nos envuelve.

En efecto, "el más importante servicio que se puede hacer al mundo de hoy - ha dicho L. Lochet- es el de devolverle el sentido de Dios, o más exactamente, el conocimiento del Amor que el Padre le tiene. El mundo está huérfano. Y lo que más extraña es precisamente que el hombre no quiere comprender que Dios es su Padre".

*La misericordia renueva y redime, porque es el encuentro de dos corazones: el de Dios, que sale al encuentro, y el del hombre. Mientras este se va encendiendo, aquel lo va sanando: el corazón de piedra es transformado en corazón de carne (cf. Ez 36,26), capaz de amar a pesar de su pecado. Es aquí donde se descubre que es realmente una «nueva criatura» (cf. Ga 6,15): soy amado, luego existo; he sido perdonado, entonces renazco a una vida nueva; he sido «misericordiado», entonces me convierto en instrumento de misericordia (Francisco, Misericordia et miseria, 16)*



### La misericordia en el Antiguo Testamento

A lo largo de toda la revelación, y ya desde el primer momento, la Misericordia brilla en el trasfondo del pecado. Nada más cometer el pecado original, el Señor propone lo que se ha llamado el protoevangelio: "Pondré enemistad entre ti y la mujer..."

En la historia de Israel, que es una historia de pecado, de rebeldía y de infidelidad al Señor, a pesar del amor grande y fiel de predilección que ha tenido con él, la reacción del Señor es siempre de una desconcertante misericordia. San Juan Pablo II dice: "Todos los matices del amor se manifiestan en la misericordia del Señor para con los suyos: él es su padre, ya que Israel es su hijo primogénito; él es también esposo de la que el profeta anuncia con un nombre nuevo, ruhamá, «muy amada», porque será tratada con misericordia (...) Es fácil entonces comprender por qué los Salmistas, cuando desean cantar las alabanzas más sublimes del Señor, entonan himnos al Dios del amor, de la ternura, de la misericordia y de la fidelidad" (DiM 4).

En la mentalidad y predicación de los profetas, este amor de Dios por el hombre, se llama MISERICORDIA y significa "una potencia especial del Amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo elegido" (DiM 4). Por ejemplo: Cuando el Señor vio la miseria de su

pueblo reducido a la esclavitud de Egipto, oyó su grito y conoció sus angustias, entonces decidió liberarlo (Cf. Ex 3,7s). O ante la miseria del pecado de idolatría (becerro de oro) triunfa la bondad del Señor que se manifiesta solemnemente a Moisés como "Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en misericordia" (Cf. Ex 34,6).

Con dos términos se define la misericordia en la sagrada Escritura:

1. HESED significa una actitud de profunda bondad. Un amor fiel, más fuerte que la misma traición, una gracia más fuerte que el pecado. (Cf DiM, nota 52). Es un amor invencible.

Y 2. RAHAMIM añade el tono maternal. La raíz es Rehem, que significa "regazo materno". Este sabor maternal de la Misericordia (equivalente al "Abba", que dirigirá Jesús a su Padre demostrando una extraordinaria intimidad) está indicando que la relación divina con nosotros es más fuerte e intensa que la que liga a la madre con el niño, de manera que engendra una escala de sentimientos entre los que están la bondad, la ternura, la paciencia y la comprensión, es decir, la permanente disposición a perdonar. Entendemos ahora mejor la expresión de Dios en Isaías: "¿Puede acaso una madre olvidarse de su mamoncillo, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara yo no" (Is 49,15). Este amor viene a ser una exigencia del corazón.

### La misericordia en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, todo el contenido de este amor divino se expresa de forma sublime y definitiva en la misma persona de Cristo, encarnación de la misericordia de Dios. Jesús constituye la medida adecuada del infinito amor de Dios<sup>1</sup>. "Tanto amo Dios al mundo que le entregó a su Único Hijo". Jesús, y sobre todo, Jesús crucificado, es el "te quiero" eterno e infinito del Padre.

Con su ejemplo y su palabra nos enseña a llamar a Dios Abba, papaito, padre y madre, dándonos de su Espíritu ("un Espíritu no de siervos para recaer en el temor, sino de Hijos, que nos hace clamar: Abba, Padre").

También nos habla del amor del Padre, de su Providencia con cada uno, de las cosas buenas que nos da... Nos enseña a llamarle Padre.

### Parábola del Padre misericordioso

Pero sobre todo Jesús nos ha hablado del Padre, de una manera admirable y maravillosa, en la **Parábola del Padre misericordioso y de los dos hermanos**. Esta parábola es un verdadero retrato del Corazón de Dios.

La parábola es un drama con dos actos, que ocupa 20 versículos: **1er acto: La miseria del hombre**, expresada por los dos hijos. Y **2º acto: La misericordia del Padre**, su reacción verdaderamente sorprendente de un amor increíble ante las diferentes miserias y ofensas de cada uno de los hijos para con su buen Padre.

Analícemos brevemente cada personaje:

#### El Hijo menor

Se trata de un joven rebelde, aventurero, juerguista... La condescendiente bondad del Padre al darle la herencia, puesto que era el menor, y la herencia no se recibía hasta que muriese el padre, contrasta con la despiadada ley del Deuteronomio contra el hijo incorregible<sup>2</sup>.

compasión por ellas (cfr Mt 9,36). A causa de este amor compasivo curó los enfermos que le presentaban (cfr Mt 14,14) y con pocos panes y peces calmó el hambre de grandes muchedumbres (cfr Mt 15,37). Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia, con la cual leía el corazón de los interlocutores y respondía a sus necesidades más reales... (Francisco, Misericordiae Vultus, 11.4.15).

<sup>2</sup> "Si un hombre tiene un hijo obstinado y rebelde, que no escucha a su padre ni a su madre, ni los obedece cuando lo disciplinan, su padre y su madre lo llevarán a

<sup>1</sup> «Dios es amor» (...) Este amor se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falta de compasión. Jesús, ante la multitud de personas que lo seguían, viendo que estaban cansadas y extenuadas, perdidas y sin guía, sintió desde lo profundo del corazón una intensa

Esta actitud del menor es la representación del pecado mortal: separarse de Dios por despecho, desobediencia y desagrado; despreciar su casa y su amor. La consecuencia más terrible es la pérdida de la dignidad de hijo, que viene a ser un verdadero drama en la vida del joven (Cf DiM 29). De hecho, una vez que ha despilfarrado todo en vicios, llegará incluso a desear compartir mesa con los cerdos. Es entonces cuando, por motivos poco elevados, cae en la cuenta de su estado lamentable en comparación con la vida que llevaba en casa de su Padre, y reacciona poniéndose en camino de vuelta. Es la conversión.

### El Hijo mayor

Es el hijo que deserta sin salir de casa. Es fiel pero mezquino. En el fondo, de la misma raza que los fariseos (-“Hace tanto tiempo que te sirvo” -“Te doy gracias porque no soy como los demás...””). Es el hijo que dice sí al padre pero no va a trabajar a la viña. A los que Jesús les llegará a decir: “Los publicanos y prostitutas os llevan la delantera en el Reino de los cielos”.

En el fondo, envidia a su hermano. Está convencido de que al irse de juerga, lo ha pasado en grande, feliz, mientras que él no. Es incapaz de comprender a su hermano que ha sufrido lo indecible (“me muero de hambre”), ni a su padre (“Hijo, con él hago una fiesta, pero contigo... Todo lo mío es tuyo”). Encarna la envidia, el orgullo... pero con careta de fidelidad: cumplo pero paso cuenta a Dios.

Los dos hijos representan dos actitudes frente a Dios que parecen dejar entrever una imagen de Israel frente a los paganos. También la actitud del justo y del pecador (Cf Parábola del fariseo y del publicano Lc 18, 9-14).

### El Padre

Resulta totalmente desconcertante su reacción ante el regreso de su hijo, “tras haber devorado la hacienda con prostitutas”. Digamos que dista mucho de la razonable. El evangelio habla de 5 sentimientos en él que acompañan su reacción:

“Estando todavía lejos, lo vio. Se conmovió. Echó a correr. Se le lanzó al cuello. Lo cubría de besos” (v. 20).

Apenas le deja hablar, para disculparse con el discurso que se había preparado. Y el Padre enseguida para a la acción: Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado” (Lc 15,22-24).

Todo esto con el pequeño. Y con el mayor, también muestra una paciencia admirable: “Hijo, tú estás siempre conmigo... Deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido” (v.31).

### Algunas conclusiones para nuestra vida

- ✓ La misericordia de Dios con nosotros nos impulsa al **total abandono en Él**, con una **confianza absoluta**, pero sin dejar nunca de luchar contra el pecado y contra las tentaciones. Dejarse hacer no es un mero dejarse llevar... Debemos dejarnos amar por Él. Debemos tener la humildad de dejarnos salvar por otro, superando el orgullo de querer ser autosuficientes.
- ✓ Es muy **difícil amarnos a nosotros mismo al margen de la Misericordia divina**. Tocar de cerca la verdad de nuestra miseria, de nuestros pecados recurrentes, de nuestros fallos, nos conduce a menudo a detestarnos, incluso cuando con las palabras pretendemos estar en perfecta armonía con nosotros mismos. “Poned al hombre delante de un espejo. Quitad de su historia toda noción de Dios, de los ángeles o de los demonios y entonces podréis decirle: Tienes delante de ti al juez más implacable para ti mismo” (V. Frank)
- ✓ La divina misericordia es **terapéutica**. El corazón que se encuentra verdaderamente con la bondad de Dios, sufre al ver

su pecado (“tengo siempre presente mi pecado”), pero en ningún caso se desespera, al saberse incondicionalmente amado (“Devuélveme la alegría de tu salvación”). El encuentro con la misericordia divina es una fuente de paz extremadamente profunda.

- ✓ Procurar tener una **sana culpabilidad**. El dolor tras el pecado en normal, bueno (viene del Espíritu Santo, y nos lleva al buen remordimiento). Pero puede darse (y se da) una mala tristeza: una especie de mala culpabilidad “que conduce a la muerte” (San Pablo), y que Dios nos pide combatirla, porque es una mezcla de **orgullo** (es muy desagradable verse pobre y miserable, porque contradice totalmente el hermoso retrato que buscamos tener y dar de nosotros mismos); **miedo** (mete sospecha en el corazón: Dios ¿me seguirá amando después de lo que acabo de hacer? No falta razón, pensemos en las parejas y los problemas de infidelidad. Adán se escondió: “tuve miedo porque estoy desnudo...”); y **desesperanza** (Cuando llegamos a decir: “esto Dios no me lo perdonará jamás”. Le pasó a Judas. Cuidado con la pequeñas y amargas tristezas).
- ✓ **Cuidar el “después” del pecado**. Ciertamente el pecado hiere el corazón de Dios. Pero dicho esto, el ‘después del pecado’ puede causarle más pena, si me instalo en esa tristeza mala que me lleva al miedo de no ser amado, a dudar de su amor. Al desaliento. “Aunque me siento miserable, no pierdo la paz por ello y algunas veces me siento feliz pensando que soy una verdadera gloria para la misericordia de Dios” (Sales, carta a Chantal)
- ✓ **La miseria, trampolín para la misericordia**. Cultivemos el arte de servirnos de nuestras faltas: no se trata desde luego de multiplicarlas (el pecado en sí mismo jamás puede agradar a Dios); por eso intentando siempre evitar la menor indelicadeza, supuesto el pecado, no detenerse nunca en la tristeza de la debilidad cometida. Al contrario, servirnos de ella como de un trampolín para un abandono más grande en Dios. Dios espera con impaciencia que le permitamos curar nuestras heridas y colocarnos en sus espaldas, como en la parábola del samaritano. “El corazón de Dios es trono de misericordia en el que los más miserables son los mejor acogidos” (Sales).

La celebración de la misericordia tiene lugar de modo especial en el **Sacramento de la Reconciliación**. Es el momento en el que sentimos el abrazo del Padre que sale a nuestro encuentro para restituirnos de nuevo la gracia de ser sus hijos. Somos pecadores y cargamos con el peso de la contradicción entre lo que queremos hacer y lo que, en cambio, hacemos (cf. Rm 7,14-21); la gracia, sin embargo, nos precede siempre y adopta el rostro de la misericordia que se realiza eficazmente con la reconciliación y el perdón. Dios hace que comprendamos su inmenso amor justamente ante nuestra condición de pecadores. La gracia es más fuerte y supera cualquier posible resistencia, porque el amor todo lo puede (cf. 1 Co 13,7) (...) El Sacramento de la Reconciliación necesita volver a encontrar su puesto central en la vida cristiana; por esto se requieren sacerdotes que pongan su vida al servicio del «ministerio de la reconciliación» (2 Co 5,18), para que a nadie que se haya arrepentido sinceramente se le impida acceder al amor del Padre, que espera su retorno, y a todos se les ofrezca la posibilidad de experimentar la fuerza liberadora del perdón. (Francisco, Carta apostólica Misericordia et miseria, 8.12)

### MARÍA, Madre de misericordia

Que los ojos misericordiosos de la Santa Madre de Dios estén siempre vueltos hacia nosotros. Ella es la primera en abrir camino y nos acompaña cuando damos testimonio del amor. La Madre de Misericordia acoge a todos bajo la protección de su manto, tal y como el arte la ha representado a menudo. Confiemos en su ayuda materna y sigamos su constante indicación de volver los ojos a Jesús, rostro radiante de la misericordia de Dios (Idm 22).

Que María, Reina de la Misericordia, la mejor sonrisa de la bondad de Dios, nos ayude y aliente siempre.

la puerta de la ciudad y lo presentarán ante los jefes. Y dirán los padres a los jefes: «Este hijo nuestro es obstinado y rebelde, glotón y borracho. No nos obedece». Entonces todos los hombres de la ciudad lo apedrearán hasta matarlo. Así

erradicarás el mal que haya en medio de ti. Y todos en Israel lo sabrán y tendrán temor” (Dt 21,18-21).